

estos términos: „decretamos que los presbíteros y los diáconos habiten juntos de día y de noche cerca de las iglesias á que están agregados, como corresponden á unos eclesiásticos religiosos: queremos que sea comun en ellos lo que perciben de la iglesia; y los exhortamos á que trabajen en adquirir la perfeccion apostólica de la vida comun.” Restituiase así la vida canónica al primitivo estado que la habia dado San Agustin. En los sermones de la vida comun que han servido de fundamento á la regla de los canónigos, dice espresamente este santo Doctor, que solo quiere conservar entre sus clérigos á los que no tengan ninguna cosa propia (1). Inferimos de aquí que esta regla era mas perfecta que la de Aix-la-Chappelle, que les permitia tener bienes propios, ya fuesen de su casa, ó de las rentas de la Iglesia. La aprobación de este concilio, y el ejemplo de los eclesiásticos regulares y fervorosos, ocasionaron el que la reforma canónica se estendiese insensiblemente á los clérigos de varias iglesias, á quienes llamaron despues canónigos religiosos, ó canónigos regulares.

Decidió el mismo concilio que los grados de consanguinidad con respeto al matrimonio debian considerarse segun los cánones que colocan en el primer grado á los hermanos y hermanas, y no segun las leyes romanas que los ponen en el segundo; decision necesaria en aquellos tiempos para contener los progresos de una doctrina, á que dieron el nombre de heregía de los incestuosos, y que por medio de nue-

(1) *August. Serm. 355. et 356.*

vos cálculos y de otras sutilezas semejantes, solo se dirigia á favorecer los enlaces incestuosos.

50. Volvamos otra vez los ojos á Pedro de Florencia, á quien no condenó el concilio del Pontífice que con su indulgencia aumentó la ignorancia de este hombre, que tantos males causó á su clero (1). La violencia con que procuró vengarse de los que se habian separado de él, los obligó á refugiarse con el arcediano en el monasterio de Séptimo, situado segun la etimología de su nombre á siete millas de Florencia, dependiente de Valumbrosa. Esta espulsion motivó muchos rumores y conmociones en la ciudad. Quejóse el clero acompañado de un gran número de ciudadanos al obispo de que los separaba de su cabeza en un tiempo en que necesitaban mas que nunca de sus consejos y de su auxilio. „Esto es ya demasiado, añadieron: ¿cómo hemos de continuar unidos con un obispo, á quien no podemos acercarnos sin que nos grite el pueblo: andad, hereges, con vuestro herege? Nos acusan de que esponemos su ciudad á una ruina cierta y á todos los horrores de la venganza del cielo, y de que arrojamos de ella á San Pedro para dar entrada á Simon Mago y adorarle en lugar de Jesucristo.” Pidieron seriamente al obispo los eclesiásticos mas moderados que evitase un descalabro que no podia menos de caer sobre ellos, si se empeñaba en seguir con su obstinacion. „Si estais inocente, le dijeron, hablad que ya es tiempo. Aquí nos teneis prontos

(1) *Vit. S. Jo. Gualb. cap. 63. et 64.*

á sufrir por vos el juicio de Dios. Si place mas de-
ber vuestra justificacion á los santos solitarios, ahora
mismo vamos á pedirles que insistan en la prueba
que habian propuesto.”

En vez de aceptar Pedro estas ofertas, como que
conocia lo que arriesgaba en ellas, obtuvo una ór-
den del gobierno para obligar á los clérigos á re-
conciliarse con su obispo, pena de destierro y con-
fiscacion de bienes. Procedieron al punto á la ege-
cucion de un modo tan tiránico, que sin ningun res-
peto á las inmunidades mas sagradas, sacaron á muchos
de ellos de la iglesia de San Pedro, donde habian
creido encontrar un asilo seguro. Conmovió este nue-
vo atentado á toda la ciudad: reunióse un inmenso
tropel de gente del pueblo, y especialmente de mu-
geres: quitáronse éstas sus velos y todos los adornos
de la cabeza: corrieron desgreñadas, dándose golpes
de pechos, y al propio tiempo dolorosos gritos: pos-
tráronse en medio de las calles despreciando la lluvia
y los lodos, y exclamando llenas de consternacion:
„¡desgraciadas de nosotras! Señor Dios nuestro, os obli-
gan á abandonarnos. Vos no os desdeñais de habitar
con nosotras, pero no podeis estar con Simon Mago.
Bienaventurado San Pedro, ¿cómo no defendeis á los
que buscan la salvacion sin separarse de vos? Creía-
mos nosotras que habiais encadenado para siempre á
Simon en el lugar mas profundo del infierno; pero
él os injuria violando vuestros propios altares.” Po-
seidos por otra parte los hombres de una afliccion mas
tranquila, pero mas profunda y siniestra, decianse

unos á otros: „Es claro que Jesucristo abandona es-
ta ciudad, porque no se resiste en ella á sus enemi-
gos. No los dejemos gozar el fruto de su impiedad:
entreguemos á las llamas este lugar de maldicion; y
nosotros con nuestras mugeres y con nuestros hijos
huyamos á cualquier parte donde se retire Jesucris-
to.” En medio de estas revueltas y desórdenes nota-
mos los efectos de la perseverancia de los pastores en
desengañar á los pueblos. Contribuye mas que ningun-
a otra cosa el olvido pasajero de los verdaderos prin-
cipios á demostrar los recursos que suministró el Se-
ñor á su Iglesia para la conservacion, no solo de la
santa creencia, sino tambien de aquella fe viva y
activa que santifica las costumbres.

Comunicóse la consternacion de los florentinos á
los eclesiásticos que sostenian el partido del obispo
Pedro, de modo que cerraron las iglesias, y no osa-
ron tocar las campanas á celebrar misa, ni á cantar
los oficios, aunque era primer domingo de cuaresma.
Celebraron por último una junta, y despues de exa-
minar el asunto con toda reflexion, delegaron á al-
gunos de ellos á los monges de Séptimo para rogarles
que les manifestasen la verdad, pues estaban resuel-
tos á seguirla. Aceptaron la propuesta, y fijaron su
egecucion para el miércoles siguiente. Hiciéronse con
este motivo oraciones particulares el lunes y martes:
el miércoles por la mañana comisionaron á uno de
aquellos eclesiásticos para que se presentase al obispo,
á quien no daban ya otro nombre que el de Pedro
de Pavía, del lugar de su nacimiento, y le habló en

estos términos: „En el nombre de Dios, si es cierto lo que los monges dicen de vos, confesadlo sinceramente, y sin tentar al Señor recurrid á su misericordia. Si estais inocente, venid con nosotros sin ningun temor” Pedro sin explicarse no quiso acompañar al diputado, antes bien hizo todo lo posible para detenerle en su casa. „Sin duda, replicó este, iré á ver el juicio de Dios, y me conformaré con él. Hoy es el dia en que os honraré mas que nunca, ú os miraré con horror.”

Al regresar este eclesiástico, estaba ya lleno de gente todo el camino del monasterio de Séptimo. No se detenian las mugeres por lo áspero ni por lo largo del camino, que estaba casi intransitable á causa del mal temporal. Tambien concurrían los niños, no obstante ayunar del mismo modo que sus padres, y sin arredrarse al ver que algunos de ellos se quedaban atascados en el lodo. Rodearon en pocos momentos el monasterio cerca de tres mil personas; y habiéndolas preguntado los monges qué era lo que querían: „queremos, respondieron, conocer la verdad y la voluntad de Dios. ¿Por qué medio, replicaron los monges, pedís que se manifieste?” Los eclesiásticos que estaban mezclados entre el tropel del pueblo, tomaron la palabra, y dijeron: „Probad por medio del fuego lo que se dice de Pedro de Pavía. ¿Qué fruto sacareis de esto, dijeron los monges, y qué honor habeis de dar á Dios? Todo el concurso exclamó entonces: Detestaremos la impiedad, y daremos á Dios gracias inmortales.”

51. Al punto levantó el pueblo dos hogueras, cada una de diez pies de larga, cinco de ancha y cuatro y medio de alta. No habia mas que dos varas de distancia entre una y otra, y este intervalo estaba cubierto de leña seca. Al mismo tiempo de hacer estos preparativos, se cantaban salmos y letanías en un tono muy lúgubre. Eligieron para la prueba á un monge llamado Pedro, como el obispo acusado, pero que gozaba gran reputacion de virtud. Celebró la Misa por orden del abad, la que cantaron con mucha devocion y lágrimas de todos los concurrentes. Salieron del circo cuatro monges al llegar al *Agnus Dei*, y con paso lento, la vista clavada en el suelo, tristes, pálidos, trémulos y casi sin poder sostenerse, fueron á encender la hoguera. Llevaba uno un Crucifijo, otro el agua bendita, el tercero el incensario, y el cuarto doce velas benditas y encendidas. Dieron todos un grito terrible al ver este espectáculo, y despues cantaron el *Kyrie eleison* con un tono tan lúgubre que aterraba á los mas alentados. Pidieron á Jesucristo que defendiese su causa, é invocaron á la Virgen María, al Príncipe de los Apóstoles y á San Gregorio Papa, para que vindicasen el honor de la Iglesia. Habiendo concluido la Misa el monge Pedro, se quitó la casulla, guardó los demás ornamentos, y con la cruz en la mano, cantando las letanías con los monges y muchos abades, se acercó á las hogueras que estaban ya encendidas. El pueblo redobló sus oraciones con una voz sumamente fuerte; despues de lo cual impusieron silencio para oír las condiciones

de la prueba. Leyó un abad al pueblo en voz alta y clara una oracion que contenia lo que se pedia á Dios. Esplicó otro las condiciones en estos términos: „hermanos y hermanas mias, Dios nos es testigo de que hacemos esta prueba por la salvacion de vuestras almas, para que en adelante eviteis la simonia que hace en la Iglesia unos destrozos tan funestos, y es tan abominable que comparados con ella los demás delitos apenas merecen el nombre de tales.

Estando ya casi apagadas las dos hogueras, y ofreciendo á la vista un fuego espantoso el espacio que las separaba, pronunció el monge Pedro en voz alta la oracion siguiente: „Dios Todopoderoso, asistidme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavia usurpó por simonia la silla de Florencia, preservadme de los efectos del fuego, así como en otro tiempo conservasteis sanos y salvos en el horno á los tres niños.” Todos los circunstantes respondieron *amen*, derramando un torrente de lágrimas. Dió despues el ósculo de paz á todos sus hermanos, quienes preguntaron al pueblo quanto tiempo queria que permaneciese Pedro en el fuego; á lo que respondió la multitud: „basta que pase por él con alguna lentitud.”

Santiguóse Pedro, fijó la vista en la cruz que llevaba, y sin mudar de color ni aun mirar á la hoguera, entró en ella descalzo y principió á andar con un paso lento y uniforme. El viento causado por la llama le agitaba el cabello, le levantaba el alba, movia la estola, arrojándole el manípulo á una hoguera. Fue á recogerle, continuó andando como antes,

y se presentó por último fuera de las llamas sin que hubiesen hecho estas la menor impresion en su persona ni en su vestido. No habia perdido ni un solo cabello, ni un pelo de los párpados ni de las cejas. Cuando salió de enmedio del fuego quiso volver á pasar por él otra vez; pero deteniéndole los concurrentes se apresuraron todos á besarle los pies, á hacer con él las demostraciones mas espresivas de veneracion, y á tocarle por lo menos el hábito tan maravillosamente conservado. Todos cantaban las alabanzas de Dios, derramando lágrimas de alegria, ensalzando á San Pedro y detestando á Simon Mago.

Tal es la relacion que de este suceso hicieron por escrito al Papa Alejandro II el pueblo y el clero de Florencia, pidiéndole que los librase de los simoniacos: fue tan grande la impresion que causó en el ánimo del Pontífice, que procedió desde luego á depouer al obispo Pedro; y ansiando este reparar los muchos escándalos que habia causado abrazó la vida monástica en el monasterio mismo de Séptimo (1). Este fin tuvieron las agitaciones de la iglesia de Florencia, á la que señalaron un obispo tan distinto de su predecesor, que conviniendo con él solo en el nombre, mereció ser llamado Pedro el católico. El monge Pedro, que habia pasado por el fuego, quedó con el nombre de Pedro Igneo. Era de la casa de los Aldobrandinos, llegó á ser cardenal y obispo de Alba, y murió como habia vivido con gran reputacion de santidad.

(1) *Ital. sacr. tom. 3. pag. 951.*

52. Se restableció también la regularidad en la iglesia de Milan, cuyo arzobispo, á pesar de sus juramentos, habia cometido unos excesos mas enormes que antes de su aparente conversion. Él fue quien hizo martirizar al diácono San Arialdo, aun mas illustre por su celo contra la simonía y la incontinencia de los clérigos, que por los timbres de su casa condecorada con la dignidad del marquesado, que era entonces poco comun (1). Diez años habia que Arialdo defendia la disciplina con aquel carácter de autoridad que es propio de la nobleza y de la virtud reunidas, cuando su indigno pastor, Guido de Milan, mandó que le prendiesen á traicion, y le llevasen á un desierto al otro lado del lago mayor. La sobrina del arzobispo, mas perversa que su tio, y capaz de todos los excesos que suelen atribuirse á este género odioso de nepotismo, temió que aquellos mismos que habian egecutado la prision de Arialdo le perdonasen la vida respetando sus virtudes. Envió, pues, dos clérigos viciosos, como egecutores mas seguros que sus primeros satélites de una atrocidad. Cuando llegaron al sitio destinado, preguntaron dónde estaba Arialdo; los que le habian conducido respondieron que ya estaba muerto. „Muerto ó vivo, replicaron ellos, es necesario que nos le presenteis, porque esta es la orden que traemos de la sobrina de nuestro arzobispo:” y mirando por todas partes descubrieron á Arialdo que estaba todavía atado y sentado en una piedra.

Abalanzáronse á él con espada en mano; pero en

(1) *Bolland. 27. Jun. tom. 3. pag. 279.*

vez de sacrificarle en el momento le asió cada uno de una oreja, é hicieron los mayores esfuerzos para obligarle á desaprobar lo que habia dicho en defensa de los santos cánones. Viendo que nada adelantaban, le cortaron las orejas: volvieron á estrecharle tan infructuosamente como la primera vez, y esta segunda resistencia les movió á cortarle la nariz y el labio superior. Sacáronle los ojos, le cortaron la mano derecha porque habia escrito al Sumo Pontífice reclamando su auxilio en favor de la iglesia de Milan; le mutilaron de un modo aun mas indigno, burlándose de la castidad que habia guardado fielmente y defendido con generoso esfuerzo, y en fin le arrancaron la lengua por debajo de la barba, diciendo: impongamos un silencio eterno al perturbador del clero. Arialdo espiró á manos de estos mónstruos el dia 27 de Junio del año 1066. Encontraron su cuerpo arrojado en lo mas hondo del lago mayor, al cabo de diez meses sin la menor corrupcion.

53. San Thibaldo de Provins, francés, enlazado con los condes de Champaña, espiró cinco dias despues en las cercanías de Vicenza en el mismo pais, de un modo mas suave y no menos precioso á los ojos del Señor (1). Conservando desde jóven una inclinacion muy grande á la vida eremítica, habia abandonado en secreto la casa paterna con un caballero amigo suyo llamado Galtiero, y pasaron los dos al pais de Tréveris despues de haber trocado sus vestidos con los de dos pobres peregrinos. Allí vivieron

(1) *Vit. sæc. VI. Bened. part. 2.*